



ADIOS A UN MUSICO

ANTONTXU

Ignoramos cómo se escribe la historia de los pueblos. Sabemos que siempre en esas historias figuran nombres que destacaron en las ciencias, las artes, la milicia, la política... Pero no sólo ellos forman la historia de la vida de los pueblos. En líneas que no se escriben, de forma invisible, están otros muchos hombres que desempeñaron papeles quizás humildes, sí, pero dignos de considerarse y registrarse en las vidas de esos pueblos. Sin embargo, el olvido cae fácilmente sobre ellos. (¡Y cómo no, si hasta los más encopetados son también olvidados!). Pero lo que hicieron, tuvo su valor. Y es de justicia, y de agradecidos, al reconocer sus méritos.

Nicanor Albisu Damboienea se nos fue el 2 de Febrero de este año. Hacía muy poco tiempo, el 10 de Enero pasado, había cumplido ochenta años bien llevados. De esos ochenta años, muchísimos los dedicó a su afición favorita: la música. ¿Cuántas veces subió, como director, al podio del coro parroquial de Nuestra Señora de la Asunción? ¿Cuántos ensayos, misas (aquellas solemnísimas misas—mayores—casi—conciertos), procesiones y otros actos litúrgicos le vieron al frente del Coro de su Parroquia? ¿Cuántos «asperges» y otros gregorianos cantó, ya en tono menor de cantor «raso», cuando antes había sido solista de su Coro y luego, durante muchísimos años, su director? ¿Cuántas cosas aprendimos de él los que en tiempos ya lejanos nos iniciábamos en la afición a la música cantada? Toda esta continua y fiel actividad desplegada por él, ¿no forma parte de la historia —musical en este caso— de nuestro pueblo? Esta es una buena hora para el recuerdo, y, sobre todo, para el agra-

decimiento a una labor callada y muy meritoria. Puede ser la continuación y punto final al modesto, pero merecido, homenaje que le tributamos sus dirigidos y amigos allá por el año 1980.

Poco antes de su muerte, y después de muchas insistencias por nuestra parte, conseguimos que no se perdieran para siempre dos melodías que se interpretaban en tiempos pretéritos por nuestros antepasados: una canción de cuna antigua y un himno a Santa María Magdalena. Nicanor retenía en su buena memoria musical lo que de niño había oído cantar a su madre y a los cantores de su Parroquia. Algún trabajo y mucho tiempo —varios años— nos costó el que, por fin, y muy oportunamente, por cierto, Nicanor Albisu pasara al papel pautado lo que con cariño había guardado en su memoria —y en el rinconcito de las cosas queridas— durante muchísimo tiempo. En las páginas de «OARSO» del pasado año, aparecieron estas dos melodías. El mismo, en su breve reseña, encabezó esta aportación al acervo de nuestra música local así: «NEREKIÑ ERAMAN NAI EZ NITUSKEN BI ABESTI ZAAR».

Y no te las llevaste. Aquí nos las dejaste junto al recuerdo del amigo que —seguro que sí— canta ya (o dirige, ¿quién sabe?) en lugares felices. Lo que tantas veces deseaste cantando a otros, «in Paradisum deducant te angeli...», ocurra ahora contigo. Así te lo cantamos de corazón.

Agur, Nicanor, Egun Aundi'ra arte.